

Marzo 2010

Los empresarios como protagonistas sociales. Responsabilidad y valores ciudadanos.

RABINO SERGIO BERGMAN



Síntesis de las ideas compartidas por el Rabino Sergio Bergman en su reciente reunión con socios de la Fundación Global.

Quien no depende de la “caja” tiene la preocupación de la degradación de las instituciones de la República. Con la democracia electoral, que siempre vamos a defender y que vamos a preservar, la primera minoría cometió la ilegitimidad de desarticular la República en tres poderes que ya no son independientes. Nos convertimos en una autocracia ejecutiva unipersonal a cargo de quien, inclusive, no votamos. Porque la elegimos a ella y no a él.

Esta situación no tiene que ver con una discusión de tipo ideológica-partidaria, sino que es una discusión ideológica, institucional y republicana

Debemos recuperar palabras y asumirlas como propias de todos los argentinos, sin dejarnos chicanear ni correr. Cuando uno habla de Nación, de República, de Orden y de Constitución uno no es de “derecha”. Uno es del justo medio de la Ley. Y si hubo una apropiación, no ideológica sino demagógica, que llama a izquierda a una de las expresiones más difíciles de la derecha, que es estar hablando todo el tiempo de una distribución que no va a ocurrir, que es que lo de todos sea solamente de algunos, que es someter en la esclavitud electoral a cambio de prebendas a aquellos que en la indignidad de no tener lo mínimo tienen que entregar sus conciencias en votos. En ese control de tipo territorial lo que vamos perdiendo es nuestra Libertad.

Reaccionamos tarde porque lo único sagrado que supimos defender por el momento es el bolsillo. Hasta que no vemos en riesgo lo privado nadie se ocupa ni se preocupa por lo público. Nos refugiamos como observadores pasivos de la escena pública haciendo un trabajo editorial y de análisis de todo lo que habría que hacer, a la espera ilusoria de que alguien nos dé el país que nos merecemos. Es nuestra responsabilidad sincerarnos de que eso nunca va a suceder.

La solución no es que se vaya “él”. Porque eso no va a resolvernos los problemas estructurales que tenemos. La pregunta es qué vamos a ofrendar, qué vamos a preparar y en qué vamos a trabajar para que ese día, cuando suceda, estemos en condiciones de retomar el curso de una República, ya no solamente formal sino también funcional. Y evidentemente este trabajo es arduo. Requiere no solamente de convicción sino de una tranquilidad de conciencia, que yo la llamo “espiritualidad cívica”, no por temas dogmáticos sino porque entiendo que hace falta la templanza, la humildad, la vocación, el servicio y la trascendencia de trabajar con la única herramienta potente que tenemos para esta conversión espiritual del corazón de los argentinos: la educación, la ejemplaridad, no el decir sino el hacer.

Cuando uno habla de Nación, de República, de Orden y de Constitución, uno no es de derecha. Uno es del justo medio de la Ley.

Con la grandeza de la trascendencia que tuvieron nuestros próceres y nuestros abuelos inmigrantes, que tenían muy claro no solamente los valores sino las virtudes que encarnaban. Ellos con muchos menos recursos materiales pero mucho más espirituales, tenían la claridad del valor de la palabra, del sacrificio, del esfuerzo, de las privaciones que uno podía tener para que los hijos y los nietos estén mejor. Se dieron cuenta que nada que se consiga rápido y en mucha cantidad es bueno, sino que fundamentalmente es sospechoso y malo.

Se acabó el margen de quedarse al margen de esta agenda, suponiendo que vamos a salvarnos de a uno en lo privado, sólo haciendo negocios. Porque cuando uno negocia en las condiciones que le imponen, cuando ya vulneramos la ley, se transforma no solamente en cómplice sino en destructor de la esperanza de un futuro mejor.

El verdadero empresario, el emprendedor, lo que quiere es la trascendencia. No solamente porque quiere, merece y le corresponde ganar, y tener el "profit" de su inversión, de su capital y de su trabajo, sino que le interesa también tener condiciones de previsibilidad y que sus hijos y sus continuadores sigan con el nombre y la obra de la empresa para que ellos tengan no solo capital material sino espiritual en la trascendencia.

No hay empresa más noble que podamos emprender juntos que la Nación. Para lo cual, como emprendedores, tenemos que asumir una difícil decisión que es verificar que la Argentina está quebrada no económicamente sino espiritualmente. Nuestro problema no es de coyuntura sino de estructura. Estamos enfermos de valores. Y la solución es cultural. Por supuesto, dentro de la cultura se encuentra la política.



Hace 200 años discutíamos si íbamos a ser españoles o ingleses, monárquicos o republicanos. Hace 100 si íbamos a ser norteamericanos o europeos. Yo les diría que a esta altura debemos asumirnos como latinoamericanos. Pero no con la frustración de lo que no vamos a ser, sino con el orgullo y la autenticidad de lo que somos.

No podemos estar solamente juntos en un territorio, tenemos que estar unidos en un proyecto de Nación. Y esa unidad no implica anular tu singularidad, sino todo lo contrario. Es la ingeniería espiritual que nos hace humanos, que es no solamente respetarnos y tolerarnos sino

En el 2001 dijimos aquello que no asumimos y pedimos aquello que nos condena. Lo que nos condena es suponer que pedir que se “vayan todos” nos salva. En realidad eso nos hunde. Porque cuando uno pide que se “vayan todos” casi asegura que se queden los mismos para siempre. ¿De dónde va a venir la reposición del stock, de los funcionarios y los representantes, sino de nosotros? Pero como nadie se quiere meter ni se quiere comprometer -con justa razón por todo lo que ya pasó- a perder ni el prestigio, ni las capacidades, ni el tiempo, ni el capital, ni el esfuerzo acumulado en lo privado para continuarlo en lo público, nos condenamos. Se impuso en el imaginario colectivo que quien

El verdadero empresario lo que quiere es la trascendencia. Le interesa tanto como ganar, continuar, tener condiciones de previsibilidad y que sus hijos y sus continuadores sigan con el nombre y la obra de la empresa.

amarnos. Y en ese amor que es el que los argentinos fuimos perdiendo entre nosotros tenemos que aplicar los mismos principios que bien sabemos guardar en lo privado a la esfera de lo público.

Si hace 200 años para hacer la Patria hacía falta heroísmo, a esta altura lo que necesitamos es la dimensión heroica no de mártires sino de ciudadanos. Ser un ciudadano en la Argentina de hoy ya es un acto heroico. Es decir, dejar de ser habitante-espectador para ser un ciudadano comprometido que no puede solamente dedicar 15 minutos cada dos años a elegir lo menos peor. Debemos participar en la medida de nuestras posibilidades, se trata de una responsabilidad cívica en la cual a quienes nosotros votamos además de auditarlos los acompañamos para que les vaya bien a ellos, que significa que nos vaya bien a nosotros. Hay que cambiar la concepción por la cual uno en lugar de preguntarse cuando la política va a ser mejor, nos preguntemos entre nosotros cuando los mejores van a querer hacer política recibiendo el apoyo de los demás, que si bien no van a ir, no los van a abandonar.

tiene que ir a lo público es el que no tiene nada para perder o el que llega ahí para quedarse con lo de los demás. De esa manera somos nosotros mismos con esta crisis de valores los que degradamos lo público. Y cuando uno degrada lo público y le quita dignidad, ya no hay más dignatarios sino una casta.

El poder no debe ser para servirse de él sino para servir cuando se trata de lo público. Y esa nueva cultura se la debemos, sino a nosotros, a nuestros hijos. Nuestros hijos ven y aprenden no de lo que decimos, sino de lo que hacemos. Ellos saben bien reconocer nuestro doble estándar: todo lo que sí hacemos en lo privado y no estamos dispuestos en lo público. Si cada uno de nosotros aportara un diezmo, un 10% de lo que ponemos en lo privado a lo público, nos salvamos. No de a uno, todos. Porque somos un país rico lleno de pobres.

El dinero va a una caja para el sometimiento y la subordinación de un país que sigue siendo unitario y feudal. Se ha traicionado una coparticipación que nunca se reglamentó.

Se ha profanando el pacto sagrado de la Carta Magna: no somos una república, somos delegativos y no representativos, y somos unitarios y no federales. Tenemos que trabajar desde las provincias y desde la construcción productiva para la representación y para recuperación de las instituciones y de la República.

Tenemos que volver a repactar la ley y el sistema. Entonces aparecerán los hombres y las mujeres. Entonces aparecerán las discusiones ideológicas y no las confrontaciones entre personas. Entonces tendremos la pasión por ser argentinos en la dimensión republicana que establece nuestra ley. Me gustaría que el mismo entusiasmo con el que llenamos los estadios de fútbol lo pongamos en llenar la calle de participación, de compromiso ciudadano. Tenemos que decirles a nuestros hijos que a diferencia del “no te metás que es peligroso” que nos enseñaron a nosotros, ahora no hay nada más peligroso que no meterse y comprometerse.

La Constitución Nacional no es ni de izquierda ni de derecha: es la Ley de todos que establece que los derechos humanos son el techo, el pan, el trabajo, la salud y la educación.

Una Nación se sostiene sobre los tres pilares: Libertad, Igualdad y Fraternidad. La Libertad no la vamos a tener y la podemos perder si no defendemos la Ley. La Equidad se logra únicamente con justicia social en la distribución, a través del justo medio de aquello que un país puede dar. Y eso se logra únicamente con inclusión y con educación. Por último, lo que hemos olvidado, la Fraternidad: tenemos que volver a reconocernos como hermanos y querernos un poco más.

¿Cuánto tiempo nos va a llevar? Es importante poder contestarlo pero es irrelevante saberlo. Porque estamos hablando de la trascendencia, de lo que estás dispuesto a sembrar pero que no vas a cosechar, de lo que vas a empezar aunque no lo vayas a terminar, de lo que vas a poner pero no te vas a llevar.

